

CHRISTOPHER DAWSON

HACIA LA COMPRENSIÓN DE EUROPA

ES
EN
CIA
LES

unir



Christopher Dawson

Hacia la comprensión de Europa

Traducción de Esteban Pujals Fontrodona

Introducción de George Weigel



Título original: *Understanding Europe*

Primera edición: Sheed and Ward Ltd, Londres, 1952

© Julian Philip Scott, Literary Executor of the Estate of Christopher Dawson, 2019

© Ediciones Encuentro, S.A., Madrid, 2020

Traducción de la introducción y los índices: María Vázquez Santiago

Serie Esenciales. Coedita: Fundación UNIR

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 66

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-028-4

Depósito Legal: M-13509-2020

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda, 20 - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción a la edición de 2009	7
Prólogo.....	19
Nota de agradecimiento.....	21

PARTE PRIMERA. NATURALEZA DE EUROPA

I. Hacia la comprensión de nuestro pasado	25
II. Europa y las siete etapas de la cultura occidental.....	45
III. Europa no es un continente, sino una comunidad de pueblos	67
IV. Alemania y la Europa central	85
V. La Europa oriental y Rusia	103
VI. Rusia y Asia.....	121
VII. Asia y Europa	141
VIII. Expansión de Europa: colonización e imperio	151
IX. Expansión de Europa: el Nuevo Mundo americano	175

PARTE SEGUNDA. LA CRISIS ACTUAL DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

X. Antecedentes intelectuales: Hegel y la ideología alemana ...	203
XI. Reacción contra Europa.....	219
XII. Las guerras mundiales y el desarrollo del estado-masa	239

XIII. El problema del futuro: secularización total o restauración de la cultura cristiana	255
Índice de materias.....	269
Índice de nombres	275

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 2009

George Weigel

Christopher Dawson, que había dedicado la mayor parte de su vida profesional al estudio del pasado, estaba dotado de una asombrosa visión de futuro, casi se diría desconcertante: esta es la conclusión a la que se llega al terminar la lectura de *Hacia la comprensión de Europa*. Hace más de medio siglo, Dawson comprendió que Europa corría el riesgo de desmoronarse, no tanto por las amenazas directas de la Guerra Fría (aunque eran un peligro real), como por no ser fieles al pasado, no ser fieles a sus raíces culturales y espirituales. Tal y como proponía Dawson, Europa ha de entenderse no tanto como una entidad política sino como una comunidad cultural: «una realidad social de pueblos que comparten la misma fe y los mismos valores morales». Pero, ¿qué sucede si se atrofia la fe? ¿Acaso pueden durar mucho tiempo en pie los valores morales comunes (que no son sino una consecuencia de la fe)?

Ahora, a comienzos del siglo XXI, la respuesta a estas preguntas es evidente: es un no rotundo. Lo que Dawson describía con acierto como una «crisis espiritual» de la Europa de mediados del siglo XX, ha producido, tal y como pronosticaba, una pérdida de confianza en su propia cultura (o, pérdida de valentía), que ha llevado a la pérdida de confianza en la razón. Y el resultado, tal y como el autor presentía, no es halagüeño:

«Esta hendidura espiritual que se ha abierto en la vieja tradición cristiana europea es algo mucho más serio que cualquier

revolución política o económica, porque no solo significa el destronamiento de la conciencia moral, sino, también, la abdicación de la conciencia racional, que está vinculada a ella de manera inseparable. Es, en realidad, dudoso que la sociedad occidental pueda sobrevivir al cambio, pues este no significa una vuelta al pasado o a las raíces de nuestra vida social; es demasiado radical para ello; y, en vez de descender poco a poco, el neopaganismo se arroja de la ventana más alta, dando lo mismo, al llegar al suelo, haberse echado desde la ventana de la derecha o de la izquierda»¹.

¿Dónde se ven signos de esta crisis moral en esta civilización? Su manifestación más dramática, a mi juicio, no es la propensión de Europa a la burocracia gubernamental o la precariedad de los sistemas de financiación de la seguridad social y las pensiones; ni siquiera la mentalidad benevolente hacia los yihadistas, de la que hacen gala algunos líderes europeos, refleja suficientemente esta crisis. No, la manifestación más dramática de la crisis de la moral y la civilización europeas es la pérdida de población en Europa.

Durante varias décadas la tasa de natalidad no ha alcanzado los niveles necesarios para el relevo generacional en Europa y esto ha provocado situaciones que eran inimaginables en el periodo comprendido entre el inicio de los años treinta y el final de los cincuenta, cuando Christopher Dawson era un escritor de renombre e influencia. Algunos demógrafos calculan que, a mediados del siglo XXI, el sesenta por ciento de los italianos no habrán hecho experiencia de lo que es tener un hermano, una hermana, una tía, un tío o un primo; Alemania habrá perdido el equivalente de la población de la antigua Alemania del Este, y la población española habrá disminuido en una cuarta parte. Europa está perdiendo población como no se había visto desde la peste negra del siglo XIV.

¹ Ver aquí, p. 40.

Cuando todo un continente, que rebosa más que nunca salud, bienestar y seguridad, no logra crear futuro en su sentido más elemental —crear la generación futura—, hay «algún fallo» grave de fondo. Parece lógico, tal y como apunta Dawson, sugerir que el «fallo» se halla en una crisis moral de esta civilización. Comprender sus raíces es importante en sí; pero es también importante para los americanos. ¿Por qué? Porque los ácidos que han carcomido la cultura europea en las dos últimas décadas están penetrando en los Estados Unidos y en todo Occidente, justo en el momento en que otro proyecto de civilización, con una visión opuesta del futuro, compite con Occidente, a menudo de forma agresiva, por dar forma a ese futuro.

Una de las razones para leer o releer la obra de Christopher Dawson en la actualidad es que nos incita a pensar en la historia de forma renovada. Los europeos y americanos del siglo XXI tienden a concebir la historia como el fruto de decisiones políticas (la lucha por el poder) o económicas (lucha por la riqueza). Sin embargo, Dawson comprendía muy bien que tanto la «historia enfocada desde un punto de vista político como económico» tomaba en cuenta una parte de la verdad y trataba en vano de presentarla como una verdad exhaustiva. Así pues, comprender la situación actual de Europa, y sus repercusiones para América, requiere considerar la historia de forma dawsoniana, es decir, a partir del prisma cultural.

A comienzos del siglo XX, Europa era considerada como el centro de la civilización mundial. No obstante, en tan solo cincuenta años, Europa gestó dos guerras mundiales, tres sistemas totalitarios, una Guerra Fría que fue una seria amenaza de una catástrofe mundial, ríos de sangre, montañas de cadáveres y los horrores del Gulag y Auschwitz. ¿Qué estaba sucediendo? Y más precisamente, ¿por qué sucedió lo sucedido? Los análisis políticos y económicos no ofrecen respuestas satisfactorias a estos interrogantes. El punto de vista cultural —lo que comporta aspectos espirituales, incluso teológicos— puede ayudarnos a responder. Es lo que trató de hacer Christopher Dawson con su libro *Hacia la comprensión de Europa*. Otros muchos hicieron análisis paralelos.

Así, por ejemplo, Henri de Lubac, S.J., en 1942, realizaba la siguiente propuesta. De Lubac explicaba que los males de Europa en los años cuarenta eran consecuencia de una serie de ideas erróneas que él resumía en lo que llamaba «ateísmo humanista», consistente en la negación deliberada del Dios de la Biblia en nombre de la liberación del hombre². Esto, para De Lubac, era un paso totalmente nuevo. El hombre de la Biblia concebía su relación con el Dios de Abrahán, Moisés y Jesús como una liberación: liberación de los dioses amenazadores como Moloch, que requería sacrificios; liberación de los dioses caprichosos del Olimpo, que jugaban con la vida del hombre; liberación de los antojos del Destino. El Dios de la Biblia era diferente. Y dado que el hombre de la Biblia creía que gracias a la oración y alabanza podía relacionarse con Dios, creía que la historia avanzaría en una dirección favorable al hombre, y que en esto consistía la responsabilidad humana. Una de las características más sobresalientes de la cultura europea es la convicción de que la vida no es un encadenamiento de hechos predestinados, sin que nada pueda hacerse por alterar su curso; Europa había aprendido esto de su fe en el Dios de la Biblia.

Aún así, varias de las grandes figuras de la cultura europea del siglo XIX habían dado la espalda a estos postulados. La libertad y esplendor de la figura humana exigía la negación del Dios bíblico, según algunos pensadores influyentes como Auguste Comte, Ludwig Feuerbach, Karl Marx y Friedrich Nietzsche. Ahí radican las ideas, según De Lubac, que trajeron estas consecuencias. Cuando se unen los efectos de la tecnología moderna con el positivismo de Comte, el subjetivismo de Feuerbach, el materialismo de Marx y el voluntarismo de Nietzsche, se obtienen las grandes tiranías de mediados del siglo XX: el comunismo, el fascismo y el nazismo. Estas mismas conclusiones han sido expuestas recientemente por el historiador inglés Michael Burleigh en dos nuevos estudios de importancia, *Earthly Powers* y *Sacred Causes* (*Poder terrenal y*

² Henri de Lubac, *El drama del humanismo ateo*, Encuentro, Madrid 2012.

Causas sagradas, Taurus): el humanismo más allá del mundo, en su búsqueda de una utopía mundial, acaba siendo un humanismo inhumano³.

El primer resultado explosivo de este cambio profundo de la cultura europea fue la Primera Guerra Mundial. Ya que este conflicto —no solo en sus orígenes, sino sobre todo por su prolongación insensata tras haber constatado que una solución militar rápida no era posible—, es un producto derivado de la crisis moral de la civilización occidental, un fracaso de la razón moral en una cultura que había gestado la idea misma de «razón moral». Esta crisis de la razón condujo a la crisis moral de la civilización que estamos viviendo hoy, especialmente en Europa.

Esta crisis, tal y como apunta Dawson en *Hacia la comprensión de Europa*, no se hará patente enteramente hasta el final de la Guerra Fría. Al principio sus efectos quedaron ocultados por el simulacro de paz del periodo de entreguerras; luego por el auge de los totalitarismos y la Gran Depresión; después por la Segunda Guerra Mundial y finalmente por la Guerra Fría. Por fin a partir de 1991, una vez terminados los setenta y siete años de guerra civil europea que había comenzado en 1914, salieron a la superficie de la historia y se pudo ver en qué consistían los efectos de lo que Aleksandr Solzhenitsyn calificó de «ira autodestructora» de Europa⁴. Europa está atravesando *hoy* una crisis moral de su civilización como consecuencia de lo sucedido hace noventa años y de todos los factores culturales que habían sentado las bases de esa catástrofe política. Los daños producidos en el tejido cultural y la civilización europeas durante la Primera Guerra Mundial solo pudieron verse con claridad una vez que sus efectos políticos desaparecieron en 1991.

³ Michael Burleigh, *Earthly Powers: The Clash of Religion and Politics in Europe, from the French Revolution to the Great War*, HarperCollins, Nueva York 2005. Michael Burleigh, *Sacred Causes: The Clash of Religion and Politics, from the Great War to the War on Terror*, HarperCollins, Nueva York 2007.

⁴ Alexander Solzhenitsyn, «Los hombres se han olvidado de Dios», discurso ante la Fundación Templeton en la entrega de premios por el progreso, Londres, Inglaterra, 10 de mayo de 1983.

La Europa contemporánea no está atormentada por las formas más salvajes de lo que De Lubac llama «ateísmo humanista»; la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría han acabado con el fascismo, el nacional socialismo alemán y el marxismo leninismo. Sin embargo, la Europa actual está modelada por una forma de ateísmo, más amable y suave, lo que el filósofo canadiense Charles Taylor ha llamado «humanismo exclusivo»: una serie de ideas y posiciones políticas estándar que establecen (en nombre de la democracia, los derechos humanos, la tolerancia y el civismo) que cualquier referencia religiosa o moral debe excluirse de la vida pública europea⁵. Estas convicciones han desembocado en dos episodios recientes que dicen mucho acerca de la crisis moral de la civilización europea y de las consecuencias políticas que puede arrastrar.

El primer episodio concierne a la redacción de un nuevo tratado constitucional para regir una Unión Europea que había crecido enormemente. Este proceso abrió un debate enconado (que habría consternado a Christopher Dawson, aunque probablemente no le hubiera sorprendido) sobre la conveniencia de citar en el preámbulo de la Constitución europea el cristianismo como una de las fuentes de la civilización europea y del compromiso actual de Europa en lo referido a derechos humanos y democracia. El debate resultó a veces absurdo, con frecuencia amargo, y al final se resolvió a favor del «neopaganismo» de Dawson y el «humanismo exclusivo» de Taylor: en un tratado de cerca de 70.000 palabras no había sitio para la palabra cristianismo. Pero al seguir este debate, daba la sensación incómoda de que el nudo de la cuestión no era el pasado, sino el futuro: si de ahora en adelante podría sostenerse una posición con argumentos religiosos y morales en el ámbito público europeo.

Esta cuestión tuvo una respuesta inquietante en octubre de 2004, cuando Rocco Buttiglione, un destacado filósofo, que por aquel

⁵ Charles Taylor, «A Catholic Modernity?», conferencia en la ceremonia de entrega de los Premios Marianistas, Universidad de Dayton, Ohio, 25 de enero de 1996.

entonces ejercía de ministro de Asuntos Europeos del gobierno italiano, fue nombrado comisario europeo de Justicia. El profesor Buttiglione, que habría engalanado cualquier gobierno en su sano juicio desde los tiempos de Catón el viejo, fue objeto de una desagradable campaña inquisitorial, en la que muchos miembros del parlamento europeo dejaron claro que las convicciones de Buttiglione sobre la moralidad de los actos homosexuales y sobre la naturaleza del matrimonio lo descalificaban para ejercer cualquier puesto de elevada responsabilidad en el seno de la Comisión Europea. Esto a pesar de que el señor Buttiglione había prestado juramento de defender y apoyar los derechos de todo ciudadano, tal y como había demostrado a lo largo de toda su carrera. Buttiglione hubo de retirar su candidatura cuando quedó claro que eran demasiados parlamentarios los que sostenían el parecer de uno de ellos, de que las convicciones morales de Buttiglione — atención, no las acciones que hubiera podido realizar en el pasado o pudiera llevar a cabo en un futuro, sino sus *convicciones* morales— estaban «directamente en contradicción con la legislación europea».

Buttiglione calificó esto en un periódico inglés como de un «nuevo totalitarismo», y me temo que no es una exageración⁶. Seis meses después del desgraciado desenlace del asunto Buttiglione, el cardenal Joseph Ratzinger describió este mismo fenómeno como la «dictadura del relativismo» en el sermón de apertura del cónclave de 2005⁷. El hecho de que esta dictadura actúe bajo la bandera de la tolerancia no hace sino empeorar las cosas. Pero, ¿de dónde arranca esta situación?

Uno de los más profundos pensadores de Europa, el filósofo francés Rémi Brague, escribió en 2005 que, mientras que el siglo XIX había sido el siglo de la confrontación del bien y del mal (con la cuestión social planteada por la Revolución Industrial como

⁶ Peter Popham, «Rocco Buttiglione: ‘La izquierda prefiere no hablar, prefiere marginalizar. Esto es un nuevo totalitarismo’» en *The Independent*, 8 de noviembre de 2004.

⁷ Cardenal Joseph Ratzinger, Homilía en la misa votiva celebrada para la elección de un nuevo papa, Ciudad del Vaticano, 18 de abril de 2005.

PRÓLOGO

De ordinario, los europeos nunca han pensado demasiado en la naturaleza de la comunidad internacional a la que pertenecen. Se les ha enseñado a concentrar la atención en la historia de su patria y en los problemas políticos y económicos de su Estado de tal manera que, actualmente, cuando el problema europeo se ha convertido en una cuestión política vital y la misma existencia de Europa está en peligro, se encuentran a menudo desorientados para explicar lo que es Europa, qué derecho tiene esta a existir y cuáles son sus condiciones de supervivencia.

Por tanto, necesitamos urgentemente comprender mejor a Europa, no solo como a una viva comunidad de pueblos, sino como al foco creador de lo que llamamos la cultura moderna. Porque, por inciertas que sean las perspectivas políticas de Europa, la abrumadora importancia de su aportación a la cultura sigue en pie, y, si no entendemos esto, no podremos comprender gran cosa del mundo en que vivimos.

En la época presente, somos testigos de una violenta reacción contra la expansión mundial de la cultura europea que tuvo lugar en el siglo pasado. Sin embargo, esta reacción, por paradójica que parezca, es resultado de la influencia europea, ya que el nacionalismo oriental y el comunismo tienen sus orígenes en la transmisión de las ideas y los movimientos políticos de Occidente hacia los pueblos orientales.

Del mismo modo, es imposible entender la naturaleza del nacionalismo europeo, a menos que lo estudiemos en relación con el

conjunto de Europa, porque esta es esencialmente una comunidad de pueblos, y es a través de la cooperación y los conflictos de las naciones que la integran como se han realizado las grandes manifestaciones de su cultura.

Finalmente, no podemos empezar a comprender a Europa sin estudiar la tradición de la cultura cristiana, que fue el vínculo originario de la unidad europea y la fuente de sus propósitos espirituales y de sus valores morales comunes.

En las páginas siguientes, he procurado estudiar estos tres temas tan íntimamente relacionados: Europa en cuanto comunidad de pueblos; Europa como unidad espiritual basada en la tradición de la cultura cristiana; y la reacción antieuropea actual como resultado inevitable de su pérdida de objetivos espirituales y del sistema de valores morales comunes que heredó de la tradición cristiana.

El lector puede o no estar de acuerdo con mis conclusiones, pero no creo que se atreva a negar que estos problemas merecen más atención de la que hasta aquí se les ha concedido, ni de que nuestro sistema de educación tendría que reservar más espacio a la historia de Europa y todavía más al estudio de la cultura cristiana.

NOTA DE AGRADECIMIENTO

El autor desea expresar su gratitud a los directores de la *Dublin Review*, *The Month*, de *Lumen Vitae* (Bruselas) y de *Our Culture*, en cuyas páginas han aparecido anteriormente fragmentos de este libro.

También agradece a la casa Geoffrey Bles, Ltd., a la autorización para citar un extracto de *El origen del comunismo ruso*, de N. Berdyaev, y a la baronesa Budberg por el párrafo de su traducción de los *Fragmentos de mi diario*, de M. Gorki.

PARTE PRIMERA
NATURALEZA DE EUROPA

I. HACIA LA COMPRESIÓN DE NUESTRO PASADO

Nadie puede observar la historia de la cultura occidental durante el siglo presente sin sentir desaliento ante el espectáculo de lo que el hombre moderno ha realizado con los inmensos recursos de la nueva ciencia, la nueva riqueza y el nuevo poder. Y si nos remontamos al siglo XIX y leemos las palabras de los científicos, los reformadores sociales y los idealistas liberales, y nos damos cuenta de las ilimitadas esperanzas y del entusiasmo con que se proyectó el movimiento que debía conducir a este cambio mundial, el contraste es todavía más doloroso. Porque, no solamente se han dejado de realizar los ideales del siglo XX, sino que todos somos más o menos conscientes de que se avecinan peligros mayores: guerras más terribles y destructivas que las anteriores, formas de despotismo más violentas, y tajantes supresiones de los derechos humanos. De poco serviría continuar una triste enumeración que todos conocemos demasiado bien. Tampoco es preciso escuchar las predicciones alarmistas de escritores, como George Orwell o Aldous Huxley: basta leer los periódicos para convencerse de que la causa de la cultura no está a salvo, y de que el gran movimiento originado por los occidentales para transformar el mundo se ha extraviado.

Cualquiera que sea la causa última de esta crisis, es cierto que es una crisis espiritual, ya que representa el fracaso del hombre civilizado para dominar las fuerzas por él creadas. Ello se debe sobre todo a la pérdida del objetivo común de la cultura de Occidente, y

a la falta de una común inteligencia que venga a orientar las nuevas fuerzas que alteran la vida humana. Sin embargo, este fracaso no se debe, por cierto, al abandono en que la sociedad moderna pudiera tener a la educación. Ninguna cultura de la historia ha dedicado tanto tiempo, dinero y organización como la nuestra para este propósito. Y una de las características más graves de la situación es el hecho de que nuestro fracaso ha sido el fracaso de la primera sociedad que ha sido universalmente educada, de una sociedad que ha estado sujeta a una educación nacional más sistemática y completa que ninguna de las sociedades de los tiempos pasados.

A pesar de esto, no hay duda de que el sistema moderno de educación universal de Europa y América ha padecido graves defectos. En primer lugar, la obtención de la universalidad fue comprada con la sustitución de la calidad por la cantidad. La educación fue aceptada como buena en sí misma y el principal objetivo fue el modo de incrementar su desarrollo: la forma de enseñar cada vez más cosas, durante periodos cada vez más amplios, a un número mayor de gentes. Pero a medida que la educación se universalizaba, descendía su nivel. En vez de ser tenida como un privilegio de pocos se convirtió en una rutina obligatoria para todos. Es difícil imaginarse el estado mental de un hombre como Francis Place que, después de una dura jomada de trabajo, estudiaba hasta avanzadas horas de la noche con el vivo afán de aprender.

En segundo lugar, el establecimiento de un sistema universal de educación pública venía a alterar de un modo inevitable las relaciones de la educación respecto del Estado.

Esto es, sobre todo, lo que ha ocasionado que la mentalidad de la sociedad moderna haya perdido su independencia, puesto que, al extraviarse los políticos, no ha quedado ningún poder independiente de la política para orientar la cultura moderna. Porque en el mismo grado en que la educación viene orientada por el Estado, queda nacionalizada, y, en casos extremos, permanece esclava de un partido político. En Inglaterra, esta última alternativa todavía parece una ofensa; pero en un Estado totalitario no es solo esencial, sino que incluso existe con anterioridad a dicho



En tiempos de fuertes rechazos y dudas sobre la validez del proyecto europeo y, más aún, de afirmación generalizada de la decadencia de Occidente, *Hacia la comprensión de Europa* resulta un texto tan iluminador como cuando se publicó por vez primera en 1952, pues permite a los ciudadanos europeos "explicar lo que es Europa, qué derecho tiene a existir y cuáles son sus condiciones de supervivencia".

A partir de la desazón que se apropió de la civilización occidental tras la catástrofe de los dos conflictos mundiales del siglo XX, y del posterior intento de reconstrucción a partir de fuerzas económicas impersonales, Christopher Dawson aborda en esta obra tres cuestiones clave íntimamente relacionadas: Europa en cuanto comunidad de pueblos, Europa como unidad espiritual con base en la tradición de la cultura cristiana, y la reacción antieuropea como resultado inevitable de su pérdida de objetivos espirituales y del sistema de valores morales comunes.

Este libro inaugura la serie ESENCIALES, la cual hace llegar al público obras que tratan temas de fondo. UNIR se propone difundir los saberes basados en un ejercicio crítico de la razón, y desarrollar los fundamentos intelectuales que constituyen el nervio de la civilización occidental.



ISBN: 978-84-1339-028-4



9 788413 390284

unir
LA UNIVERSIDAD
EN INTERNET